

TRÍPTICO DE JUEGOS*

Enrique Serna

Me siento como un intruso en esta mesa de teatreros, porque mis géneros son la narrativa y el ensayo. Mi cultura dramática tiene grandes lagunas y de ninguna manera me considero una autoridad para opinar sobre teatro, pero creo que puedo aportar algo para el conocimiento de la obra de Carlos Olmos por haberlo acompañado en las buenas y en las malas en una amistad que se inició hace 25 años, cuando Carlos era pobre y yo era estudiante universitario y los dos picábamos piedra en Procinemex, la agencia publicitaria del cine estatal en tiempos de López Portillo.

Supongo que algunos de ustedes ya deben conocer el prólogo que escribí para este libro y no quiero asestarles una relectura. Antes había escrito un ensayo más extenso sobre el teatro de Olmos en mi libro “Las

caricaturas me hacen llorar”, donde más que hacer un juicio de valor sobre su carrera de dramaturgo, intenté describir la gestación de sus obras a la luz de su biografía, que conozco muy bien, pues he pasado noches enteras oyéndolo hablar de su infancia y adolescencia. Digo que en este caso mis juicios de valor sobrando, porque a Carlos lo han reconocido sus pares, los dramaturgos más importantes de México (especialmente Sergio Magaña, con quien tuvo una larga amistad), los críticos de teatro que le han dado infinidad de premios, los directores de varias generaciones que han montado sus obras, y sobre todo el público, un público muy amplio y muy variado, pues pocos escritores mexicanos han tenido el don de saber escribir para las masas y para la minoría culta.

Hasta hace poco Olmos tenía en cartelera *Después del terremoto*, una obra de teatro intimista con un entramado simbólico muy complejo

y *Aventurera*, una obra de teatro carpero que ya va para las mil representaciones. Pisar con fortuna esos dos terrenos es algo poco frecuente en México, donde existe un abismo muy perjudicial entre la cultura popular y la alta cultura. Tras haber recibido el aplauso del gran público y el reconocimiento del público exigente que Juan Ramón Jiménez llamaba “la inmensa minoría”, el único premio que le faltaba recibir a Carlos Olmos es el que da el tiempo, cuando una obra se mantiene vigente a lo largo de varias décadas. Esto es lo que celebramos hoy con la reedición de “*Tríptico de juegos*”, pues si tomamos en cuenta que *Juegos fatuos* se estrenó en 1972, con un montaje de Xavier Rojas, las obras contenidas en este libro ya tienen 30 años de antigüedad, y sin embargo siguen cautivando a los espectadores. Las dos piezas mayores del libro, *Juegos profanos* y *Juegos fatuos* han tenido varias puestas en escena, y gracias a la pulcra y hermosa edición de El Milagro es de esperarse que vuelvan a reponerlas en el futuro.

Quizá una de las razones por las que no han envejecido estas obras es el ímpetu iconoclasta y rebelde que Carlos tenía cuando las escribió. Casi todos los jóvenes tienen que cometer un parricidio simbólico y por eso una obra como “*Juegos profanos*” le

*Texto leído en la presentación del libro, celebrada en el bar Milán el 5 de marzo de 2003.

ha parecido actual y contemporánea a los jóvenes que la estrenaron en los ochenta, a los que la repusieron en los noventa y a quienes la montaron el año pasado en el teatro Helénico. El *Tríptico* es un libro de teatro juvenil, y sin embargo, la obra más importante del volumen. *Juegos fatuos*, escudriña el alma de dos viejas atrapadas en el laberinto de sus recuerdos. Me sorprende mucho que a los 19 años Olmos haya alcanzado ese grado de empatía con dos personajes situados en las antípodas de su experiencia vital. En gran medida, la magia de *Juegos fatuos* consiste en mostrarnos a dos ancianas enfrascadas en un juego de niños, que en cierta forma las absuelve de la amargura. Es una pieza donde hay una rara conjunción entre el ánimo lúdico de la juventud y el patetismo de la vejez, como si Carlos tuviera nostalgia de lo que no había vivido. Cuando un dramaturgo se introduce en el alma de sus personajes, siempre les deja algo de sí mismo, y me parece que al crear a estas dos viejas de corazón infantil, Olmos produjo un fenómeno de alquimia como el descrito por Octavio Paz en "Piedra de sol":

Mirada niña de la madre
vieja
que ve en el hijo grande un
padre joven,
mirada madre de la niña sola,
que ve en el padre grande un
hijo niño,
miradas que nos miran desde
el fondo
de la vida y son trampas de la
muerte,
¿o es al revés, mirarse en esos
ojos
es volver a la vida verdadera?

Con su evasión perpetua de Carmen y Tila dan una respuesta afirmativa a la pregunta de Octavio Paz, pues para ellas, la vida verdadera es la vida del teatro casero que han montado para no ver la realidad con sus propios ojos. Pero tras ellas hay un muchacho de espíritu chocarrero que se conduce de sus tristezas y sus miserias, pero las hace competir como adolescentes.

Las obras del *Tríptico* pertenecen a la etapa juvenil de Carlos Olmos, que más tarde evolucionó hacia el realismo en su teatro de los años ochenta y noventa, género en el que también ha sobresalido en obras memorables como *La rosa de oro* y *El eclipse*. A reserva de que el propio autor explique ese viraje, me parece que Olmos, como muchos otros escritores a quienes nos ha tocado vivir la crisis que empezó en 1982 y no tiene para cuándo acabar, sintió la necesidad de llenar un vacío, pues la decadencia de la industria cinematográfica, el desastre educativo de los últimos veinte años y el imperio de la censura en la televisión privaron a la sociedad mexicana de cualquier espejo donde pudiera criticarse y reconocerse.

Durante las últimas décadas, el teatro y la narrativa han tenido que subsanar esa carencia y encabezar un movimiento de resistencia cultural, para combatir nuestra vieja y malsana propensión al autodesprecio. Para Olmos esa resistencia no ha consistido en escribir obras panfletarias ni teatro de contenido social, sino en darle altura dramática a los conflictos de la gente ninguneada, y arrinconada, que para los políticos y los magnates del espectáculo sólo es una cifra en las encuestas o una figura

borrosa en la multitud. La publicación de un libro de teatro mexicano en un país donde sólo lee el uno por ciento de la población forma parte de ese movimiento de resistencia cultural y por ello aprovecho la ocasión para felicitar a los editores de El Milagro, que han remado contra la corriente desde hace diez años parra divulgar lo mejor de la dramaturgia nacional y extranjera.

Bibliografía

Carlos Olmos, *Tríptico de juegos*, Ediciones El Milagro, México, 2003.